

El tiempo-espacio como reconstrucción de la memoria histórica y de la identidad cultural en dos cuentos de Elena Garro

Blanca Naivasha Gil Rojas
Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa
naivarose5666@gmail.com

“Te volveré a encontrar
Quizás, no volveré jamás
Te volveré a encontrar
Quizás, te encuentre en altamar”
Porter, “Palapa”, Moctezuma, 2014

Resumen

En los textos literarios pertenecientes a Elena Garro podemos dar cuenta de diversos componentes narrativos relacionados con el tiempo y el espacio en vinculación con un tiempo histórico sociocultural determinado. La construcción de personajes marginales, segregados y sometidos a una opresión del sistema estructural, estatal, capitalista e imperialista en torno a la formación de un tiempo perdido y destruido por el declive de la llamada “modernidad” resulta fundamental para la formación de una denuncia y crítica social en contra del sistema estatal colonialista proveniente desde el periodo de la conquista, así como el colonial y poscolonial respectivos; mismos que han desplazado a las diversas masas y grupos sociales a la injusticia y el olvido.

Por lo tanto, el propósito de este trabajo es estudiar los diversos componentes estructurales narratológicos del tiempo y el espacio configurados en cada uno de estos cuentos –en singularidad y dualidad–, así como analizar la configuración de la identidad cultural en torno a la recuperación de la memoria histórica, a partir de la transición del tiempo y el espacio presentes en el México Antiguo (Mesoamericano) hacia el México Moderno del siglo XX, con el propósito de comprender la formación de proyectos institucionales monoculturales hegemónicos

que pretenderán borrar la memoria histórica que habrá prescindido hasta la actualidad del siglo XX, a partir de la construcción de una identidad homogénea —llamada “mestizaje”—, racista, clasista y uniformemente eurocéntrica, para así negar las identidades multilingües y pluriculturales de diversas comunidades indígenas ante los sistemas de opresión y discriminación generalizados; es decir, estudiaremos las consecuencias devastadoras que trajo la supremacía colonial extractivista, que se desarrolló durante la época colonial, poscolonial y que trascendió hasta la actualidad del siglo XX en forma de fracaso al instituir una “modernidad” inestable en medio de crisis, desigualdades e injusticias sociales radicales.

“La culpa es de los Tlaxcaltecas” y “El zapaterito de Guanajuato” son dos cuentos escritos por Elena Garro, publicados en el volumen *La semana de colores* en 1964. En ambos relatos se confronta la realidad de un México Antiguo (Mesoamericano) perdido y bifurcado en la fallida modernidad del México Contemporáneo del siglo XX. En “La culpa es de los Tlaxcaltecas”, Laura Aldama trasgrede la configuración del tiempo y el espacio para constituirse en el pasado prehispánico que estará yuxtapuesto en el presente contemporáneo de su época —relacionado con la idea de que el México colonial, contemporáneo y estatal estará construido sobre las ruinas de los templos de las culturas mesoamericanas—, en el cual se encontrará con su primo-marido, mismo que pretenderá huir junto con ella de la batalla final contra los mexicas y la posterior caída de Tenochtitlan; al mismo tiempo que Laura intentará sobrevivir a una realidad de represión, sublevación y violencia en su presente actual ante su marido Pablo.

A su vez, Laura se autonombrará como “traidora” y la culpa adjudicada a su persona la someterá a conservar una idea de derrota, huida y vergüenza erróneas ante la falta de una identidad determinada, así como ante el falso mito que se construirá alrededor de ella y su figura de representación en torno a la supuesta “alevosía” que cometió hacia una nación que aún no había sido construida y a una identidad cultural que era inexistente, tal y como se ha determinado en la memoria y configuración simbólica de Malintzin.

Por su parte, en “El zapaterito de Guanajuato” se relatará la historia de Loreto Rosales y su nieto Faustino, dos individuos indígenas-campesinos migrantes que llegarán a la “contemporánea” Ciudad de México tras el robo de un par de zapatos que pretendían vender para solventar su situación de crisis econó-

mica prevaleciente en su comunidad. Ante este trágico incidente, y después de varios días de sobrevivencia debido al hambre y el cansancio, llegarán a casa de una mujer, Doña Blanquita, aparentemente de clase alta que subsistirá entre la pobreza y la miseria junto con sus ayudantes domésticas. El encuentro de ambos mundos traerá consigo la confirmación de la ineficiencia y el fracaso de la modernidad, el silenciamiento de las múltiples identidades pluriculturales, así como la confirmación de la desigualdad e injusticia socioeconómica en la que vivirán múltiples sociedades contemporáneas al haber sido segregadas y estratificadas por la conformación de categorías sociales diversificadas.

De este modo, para comenzar el análisis, observaremos que en el primer cuento “La culpa es de los Tlaxcaltecas” se sostendrá como premisa la lucha de los “vencedores” y de los “vencidos” o de los “conquistadores” y de los “conquistados”, en donde las figuras de representación de los Tlaxcaltecas, así como de Malintzin, cargarán con los prejuicios de haber sido los que “traicionaron” a su “raza”, sus “raíces” o a su propio “pueblo”. Pero ¿cómo puede haber traición si nunca existieron alianzas o acuerdos mutuos entre las diversas culturas mesoamericanas y los mexicas? Federico Navarrete hace un pequeño recuento histórico en torno a lo anteriormente planteado:

Desde años anteriores a la conquista, los tlaxcaltecas habían tenido diversos conflictos y percances con la sociedad mexica, debido a sus problemas económicos, militantes y sociales. Habían peleado por décadas contra los mexicas y no tenía puntos de encuentro comercial común con otras poblaciones. Poco a poco se fueron poblando de otras culturas, entre ellas los otomíes que habían migra-

do a su territorio, aunque vivían de forma independiente (35).

Ahora bien, otro de los puntos del por qué los tlaxcaltecas se unieron con los españoles fue por su necesidad indómita de supervivencia, pues sabían que enfrentarlos directamente resultaría en la aniquilación cruenta de casi toda su población. Por esta razón, los mexicas mantuvieron a los españoles con cierta estabilidad a partir de la entrega de sus tributos; sin embargo, éstos se volvieron más exigentes, hasta que en 1520 armaron una masacre en el Templo Mayor, la llamada “noche triste”, en donde terminaron siendo asesinados por miles de mexicas en defensa propia. Ante su recuperación, los españoles volvieron a unir fuerzas con los tlaxcaltecas y por último conquistaron otras ciudades mesoamericanas para su unificación. Finalmente tomaron el poder de Tenochtitlan, hecho que provocaría múltiples muertes, masacres y torturas brutales masivas:

[...] las principales víctimas fueron los civiles: las mujeres y niñas, los niños y ancianos, los pobladores de la ciudad y del valle a su alrededor. Además de los miles de muertos, hubo miles de personas capturadas como esclavos [...] (28).

Los tlaxcaltecas se reconocieron como vencedores y la mayoría de las poblaciones indígenas fueron elementales para la trascendencia hacia su transformación social y de su prevalencia gubernamental. Además, la conquista no significó la erradicación de la existencia de los pueblos indígenas, aunque sí de forma simbólica en los siglos posteriores por la llegada de la nueva nación nombrada como México. En los años siguientes la imposición de una sola identidad cultural y lingüística trajo consigo la homogeneización del uso del español; la estratificación de clases sociales; la generalización de una sola “raza” nombrada “mestiza”; el extractivismo de territorios indígenas, así como su reforzamiento de migración hacia las urbanidades para conseguir mayores “oportunidades” ante el concebimiento del ideal de “progreso” y “modernidad”:

La interpretación cultural del mestizaje —el concepto de mestizaje trajo consigo la homogeneiza-

ción de la población y la unificación de las diversas formas de cultura, tradiciones, cosmovisiones, prácticas, creencias, etc. para justificar el origen de los individuos en una sola unidad sociocultural, y así poder concebir ese entramado entre lo llamado “puro” de nuestras “raíces prehispánicas” y el mestizaje referente a la combinación “impura” entre lo español e indígena; sin embargo, hablar de pureza de razas es referirnos a una de las construcciones más inverosímiles y míticas del imaginario social colonial— comparte la exaltación de una cultura occidental igualmente idealizada y la desconfianza hacia el polo indígena, convertido en una cultura admirable en el pasado, pero degradada en el presente [...] (25).

Dicho lo anterior, es hora de dar paso al análisis narrativo e historiográfico de los cuentos anteriormente propuestos. En el cuento “La culpa es de los Tlaxcaltecas” la construcción de la trama se establecerá a partir de la yuxtaposición del pasado antiguo, del México mesoamericano, con el presente contemporáneo, México del siglo XX, en una temporalidad continua, lineal y formal, mientras que los espacios irán cambiando conforme a la movilidad y las reminiscencias sostenidas por Laura. Al mismo tiempo, también se concertarán otras propuestas sobre el tiempo y el espacio: “[...] el pasado prehispánico (Laura en Tenochtitlán). Otra de las temporalidades fue llamada pasado moderno (Laura en la Ciudad de México) y, a la tercera, presente (Laura en la cocina de su casa)” (Ramírez 18). En este sentido, aceptaremos esta propuesta para emparejar los espacios con las temporalidades acontecidas.

Asimismo, la construcción del narrador se presentará en tres modalidades: la presencia de un narrador omnisciente extradiegético-heterodiegético que presentará los espacios, el tiempo y las circunstancias de la historia; la segunda será Laura al ser una narradora intradiegética-homodiegética, la cual relatará su travesía y el encuentro con su primo-marido —es relevante señalar que este personaje no cuenta con un nombre identificable, en comparación con Pablo, el esposo de Laura en su tiempo “moderno”; designación que resultará ser significativa, ya que en la inexistencia de su nombramiento comprenderemos

la condición de su desvanecimiento simbólico dentro de este tiempo a partir de la pérdida de la memoria histórica cultural del estado institucional—; y finalmente la tercera será Nacha, al ser una narradora intradiegetica, configurada a partir del discurso indirecto libre, pues el narrador omnisciente expresará la reconstrucción de los hechos a partir de su perspectiva y opiniones personales. Finalmente, la trama estará posicionada en tres niveles:

“El primero corresponde a la cocina de la casa de Pablo [...]. En el segundo nivel vemos los acontecimientos que corresponde a diferentes momentos de la Conquista de Tenochtitlan: Cuitzeo, Tacuba y Chapultepec [...]. El tercer nivel corresponde a las remembranzas que Nacha le informa a Laura sobre lo que pasó en la casa de Pablo mientras ella no estaba [...]” (29).

Por otra parte, será fundamental destacar la ubicación del espacio-tiempo, debido a que las rutas y los lugares referidos servirán como contrapunto para evocar los hechos históricos ocurridos antes y durante la conquista de Tenochtitlan, así como de la transición de la identidad de Laura que estará integrada por la institucionalización y la monoculturalidad del Estado. Así pues, el traspaso por Cuitzeo, Tacuba y Chapultepec representarán el recorrido de los tlaxcaltecas, los españoles, de Malintzin y de los demás pueblos mesoamericanos hacia Tenochtitlan en busca de su derrota, a través de un tiempo cíclico —de 12:00 pm hasta la llegada del atardecer y, posteriormente, del amanecer—: “[...] hay un despliegue temporal por medio del cual se evidencia el combate, luego deviene la destrucción y con ella, claro está, la derrota” (73).

De este modo, veremos que en la primera transición espacio-temporal se encontrará Laura en un viaje hacia Guanajuato con su suegra, Margarita, y será justamente en el puente de las Mil Cumbres donde el auto se averiará y Margarita se retirará por ayuda; en el tiempo de su ausencia Laura se reencontrará con su primo-marido mediante el puente, así como con los recuerdos de su infancia: “[...] El tiempo había dado la vuelta completa [...]. Así llegué en el lago de Cuitzeo, hasta la otra niña que fui [...]” (Garro

6). La configuración del puente simbolizará el espacio donde se abrirá la posibilidad de entrar en una dimensión espacio-temporal diferente, en el cual estarán yuxtapuestos el pasado del México antiguo y el presente del México contemporáneo, teniendo como significado: “[...] el camino hacia el más allá [...]”. El último elemento mesoamericano es la voz mitológica. Esta voz la escucha Laura todo el tiempo, llamándola a regresar y ser quien ella es en realidad [...]” (León-Contreras 26). Ese mismo espacio representará el lugar de residencia de la cultura Tolteca en donde los tlaxcaltecas y españoles llegaron para formar acuerdos de alianza con los mismos.

La segunda transición espacio-temporal ocurrida en el café Tacuba simbolizará la aproximación de la caída del Imperio mexica, suceso en el que los españoles saldrán huyendo a través de la Calzada de Tacuba hasta llegar al territorio tlaxcalteca tras el genocidio en el Templo Mayor, y su posterior unificación cultural entre comunidades. Por lo que en este pasaje Laura y su primo-marido se mantendrán al margen de la sobrevivencia de frente a las matanzas ocurridas ante sus ojos. Finalmente, la última transición se ubicará en el Bosque de Chapultepec, el cual será tomado por el ejército de los españoles y los tlaxcaltecas, hasta finalmente consumirse la conquista, periodo en el que iniciará la construcción de una identidad nacional homogénea y singularizada. En este lugar se volverán a ver por última vez Laura y su primo-marido ya que él regresará a la batalla campal, mientras ella se esconderá de la muerte y posteriormente huirá a su tiempo presente:

“[...] Había muchos muertos que flotaban en el agua de los canales. Había mujeres sentadas en la hierba mirándolos flotar. De todas partes surgía la pestilencia y los niños lloraban corriendo de un lado para otro, perdidos de sus padres” (Garro 19).

A partir de lo anterior podremos reconstruir su historia, junto con los elementos, las características y las determinaciones más simbólicas en su interior. Cuando Laura llega a la cocina con Nachita, ésta portará un vestido blanco, manchado de sangre; y acto seguido le contará sobre todo lo visto en el otro mundo, aludiendo por primera vez a su supuesta traición: “—¿Sabes, Nacha? La culpa es de los tlax-

caltecas [...] —Yo soy como ellos: traidora... —dijo Laura con melancolía” (5-6). Esta misma culpa se replicará a lo largo del relato hasta su regreso definitivo a su mundo mesoamericano perteneciente. De ahí que el simbolismo de su vestido blanco remita a la pureza, la vida e inocencia, manchado por la sangre de los que murieron de forma simbólica y física en las batallas de la Conquista, así como a las manchas del pasado mesoamericano en el presente “modernizado”, prevaleciente en las diversas identidades y configuraciones sociales.

Asimismo, desde este primer momento su asimilación con Malintzin será más que evidente, ya que su figura será símbolo de traición, deslealtad y abandono hacia su propio “pueblo” dentro de la memoria histórica del Estado. No obstante, será necesario puntualizar algunas acepciones. Como ya lo habíamos comentado anteriormente, ni los tlaxcaltecas, ni los pueblos aliados o la propia Malintzin traicionaron a nadie. Las acciones de los tlaxcaltecas fueron fruto de su búsqueda de revelación hacia las diversas formas de opresión, represión y explotación que el Imperio mexica había ejercido sobre ellos durante muchos años. En cambio, Malintzin actuó de acuerdo a la forma en la que las circunstancias se lo permitieron; por lo tanto, no podemos culparla de la “derrota” de los pueblos indígenas, así como del devenir histórico del territorio de México, ya que, aunque tuvo un papel sumamente fundamental dentro de la conquista a partir de sus actos de interpretación lingüística y cultural, así como de intervención en el establecimiento de acuerdos entre las poblaciones locales y las entidades políticas; Malintzin ya no estuvo presente para observar la conformación del imperio colonial, así como de las resoluciones posteriores a los que llegaron los altos mandos de este imperio absolutista. Por lo tanto:

Malintzin se debía lealtad a sí misma. Esa lealtad a ella misma y a su supervivencia fue la que se activó al momento en el que se ofreció a interpretar, hacerse útil de una manera especial podría distinguirla y asegurar lo más posible su supervivencia en un contexto de mucha incertidumbre (Aguilar 25).

Ante la explicación anterior es momento de volver al análisis del cuento. Laura, frente a su asimilación como Malintzin, será víctima de un sistema patriarcal-colonialista que le seguirá impregnando culpa hasta el presente de su contemporaneidad:

«Alguna vez te encontrarás frente a tus acciones convertidas en piedras irrevocables como ésa», me dijeron de niña al enseñarme la imagen de un dios, que ahora no recuerdo cuál era. Todo se olvida, ¿verdad Nachita?, pero se olvida sólo por un tiempo [...] (Garro 7).

Al mismo tiempo, se hablará de la memoria como el medio en el que las acciones del presente se podrán concebir como consecuencia del pasado, mientras que el olvido de la memoria indígena será el medio propicio para la transformación hacia la “modernidad”, la cual no perdurará por mucho, ya que el presente de la diversidad pluricultural y del plurilingüismo seguirá permeando en esta misma coetaneidad. Finalmente, las piedras simbolizarán: “[...] lo perdurable e impercedero. Es la metamorfosis de algo que está cambiante y se convierte en un final eterno” (Chicas 25). En alusión al tiempo cíclico y las acciones del pasado que se volverán eternas. También se olvidará por un tiempo de este silenciamiento colonial, mas no eternamente como señal de resistencia.

Seguidamente, veremos la fusión entre el pasado mesoamericano con el presente contemporáneo, a partir de la simbolización del amor entre Laura y su primo-marido, para tratar de abolir los intentos fallidos de institucionalización del presente “moderno”: “[...] cuando se gaste el tiempo, los dos hemos de quedarnos el uno en el otro, para entrar en el tiempo verdadero convertidos en uno solo” (Garro 9). Ante esta próxima unificación de temporalidades distintas, el venado y las estrellas serán la fuente de deseo, muerte y sacrificio de ambos individuos, para finalmente ser las estrellas quienes los guíen en el camino hacia la reanudación de su memoria histórica y de sus orígenes ancestrales, así como del presente dentro de la renovación del mundo actual “contemporáneo”.

Al mismo tiempo, sabremos que se yuxtapondrán los tiempos de existencia de los maridos de Laura, al ver que su primo-marido y Pablo serán los mismos en temporalidades y construcciones sociales diferentes:

“[...] A los dos les gusta el agua y las casas frescas. Los dos miran al cielo por las tardes y tienen el pelo negro y los dientes blancos. Pero Pablo habla a saltitos, se enfurece por nada y pregunta a cada instante: ¿En qué piensas? Mi primo marido no hace ni dice nada de eso” (11).

Acto seguido, en otro pasaje percibiremos la violencia coercitiva, machista y opresora con la que Laura tendrá que vivir ante la sujeción masculina de Pablo, el cual reproducirá las acciones y discursos de los constructos patriarcales de la sociedad, realidad completamente distinta a la de su infancia en su comunidad mesoamericana, en la cual las mujeres se encontraban a la par con los hombres en igualdad de condiciones:

“Nacha sabía que era cierto lo que ahora le decía la señora, por eso aquella mañana en que Josefina entró en la cocina espantada y gritando: «¡Despierta a la señora Margarita, que el señor está golpeando a la señora! [...] corrió al cuarto de la señora grande” (13).

Asimismo, cuando la caída de Tenochtitlan esté prácticamente consumada, veremos que la muerte de su familia y la quema de su casa será la pérdida de su patrimonio familiar, sus lazos consanguíneos, así como de su propia identidad cultural, la cual volverá a reconstruir con base en su memoria y concienciación personal. Además, el fuego que consumirá su hogar y parentela antigua “simbolizará la destrucción y pureza. Es un elemento que purificará los males del alma y eliminará todo aquello que está haciendo un mal [...] Significa que Laura puede empezar una nueva vida sin ataduras [...]” (Chicas 26). Por este motivo, cuando el médico de su presente la examine, ella dará cuenta de su pérdida y se dedicará inmediatamente a la restauración de su memoria mediante el libro *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo: “—

Me preguntaba por mi infancia, por mi padre y por madre. Pero, yo, Nachita, no sabía de cuál infancia, ni de cuál padre, ni de cuál madre quería saber. Por eso le platicaba de la conquista de México [...]” (Garro 16). De esta forma, seguirá su proceso hasta el punto de incidir en un nuevo retorno hacia su pasado mesoamericano, en el cual tratará de reparar su culpa, injustificada, para así construir un nuevo proceso histórico:

—El tiempo se está acabando... —suspiró mi marido. Por una grieta se escapaban las mujeres que no querían morir junto con la fecha [...]. Algunos daban un alarido tan fuerte, que quedaba resonando mucho rato después de su muerte [...] (20).

Finalmente, la ventana por la que Laura se perderá en el tiempo antiguo será su retorno final hacia la reconstrucción de su memoria, identidad cultural y conformación personal. Por ello la figura simbólica del coyote —vinculado con la guerra, la danza y el canto— traerá consigo la presencia del primo-marido (guerrero) y con ello su huida hacia su verdadero tiempo, así como su confrontación final (simbólica) con la figura de su marido Pablo: “[...] Después, cuando Laura se había ido para siempre con él, Nachita limpió la sangre de la ventana y espantó a los coyotes, que entraron en su siglo que acababa de gastarse en ese instante” (21). Del mismo modo, Nachita también se marchará de la casa al culminar su papel como “guía espiritual” al estar mediada entre los diferentes tiempos presentados en el relato de Laura, así como en el propio. Laura regresará al pasado para reconocer la existencia y determinación de las comunidades indígenas, mientras Nachita se quedará en el presente institucionalizado para reafirmar y trascender esa misma postura práctica y discursiva: “—Yo digo que la señora Laurita no era de este tiempo, ni era para el señor [...] —Ya no me hallo en casa de los Aldama. Voy a buscarme otro destino —le confió a Josefina [...]” (22).

Por su parte, en “El zapaterito de Guanajuato” veremos la representación de los efectos de la conquista, así como de la hegemonía cultural y lingüística que la colonia, la poscolonial y el periodo estatal traerán consigo ante el borramiento y la destitución de

las comunidades pluriculturales metalingüísticas. El relato comenzará con la llegada de Don Loreto y su nieto Faustino a la Ciudad de México, los cuales estarán atravesados por el hambre, el cansancio, el desamparo y la falta de dinero. A comparación del primer cuento, este encuentro ya no se dará entre un mundo antiguo mesoamericano y el mundo “moderno” prevaleciente, sino que se establecerá en un tiempo presente del “México moderno” fallido, en donde los grupos vulnerables vivirán al margen de la pobreza, la desigualdad y el olvido del sistema gubernamental patriarcal colonialista. Por esta razón la focalización de Don Loreto se establecerá a partir de la primera persona como un narrador homodiegético-intradiegético para denunciar cada una de estas violencias y problemáticas sociales determinantes: “Nunca fui pedigüño y la vergüenza del hambre me hacía caminar sin ver por dónde pisaba. La ciudad es hosca por desconocida y todas sus calles, que son muchas, son ajenas a la tristeza de un fuereño” (23).

Poco después de caminar por varias avenidas, Don Loreto y su nieto conocerán a la señora Blanquita, la cual aparecerá con un vestido blanco, lustroso y brillante –como el vestido de Laura; resulta muy simbólico que ambas personajes porten un vestido blanco, ya que éste simbolizará la pureza, seguridad, la luz y la imparcialidad, aspectos que serán representativos en Doña Blanquita al ser una mujer fuerte, independiente y caritativa pese a sus condiciones de represión, ejercidas por el estado patriarcal y capitalista, aunque también la ligarán a la pobreza, marginación y el miedo. Su vestido no estará manchado (con la sangre de una culpa implantada) como el de Laura, sino que será completamente blanco, dirigido a la esperanza hacia la consagración de un nuevo mundo–, la cual pretenderá ayudarlos ante su precaria situación:

—¡Hay mucha hambre, niña! Mucha hambre. No sólo nosotros la padecemos, en mi pueblo todos andamos en la misma desgracia. Por eso venimos del campo a buscar consuelo en la ciudad. —¡Estos bandidos del gobierno! Se enojó como las yeguas y dio patadas en el suelo (25).

Al llegar a la casa de Doña Blanquita, Don Loreto se dará cuenta de la condición en la que vivirá esta mujer: bajo el acecho de un desconocido y al margen de la insuficiencia económica; además, sus trabajadoras domésticas serán sus compañeras de protección personal y subsistencia económica:

Nunca pensé que una casa tan bien puesta y una señora tan bien vestida, no tuviera ni un centavo para cenar. ¡Parecía tan rica! —El dinero se va como agua. Es maldito, ¿verdad? Muy verdad que era maldito. Y así se lo contesté a la señora Blanquita (25).

Por consiguiente, cuando Don Loreto relate la historia de su viaje, así como los percances económicos en los que se encontrará su pueblo en Guanajuato –lugar que también será mencionado en el primer cuento–, podremos reconocer de forma más precisa la enajenación y el olvido en los que los mantendrá el Estado, así como las mismas conformaciones urbanas traídas por los proyectos de “modernización y progreso”:

Soy de oficio zapatero, le dije, pero a causa de la pobreza, ya nadie compra zapatos en Guanajuato. Por eso junté unos centavos, que le pedí al agiotista, y me puse a hacer algunos pares, para venir a venderlos a la ciudad de México, en donde todavía la gente rica lleva zapatos. [...] Por allá somos mineros, y nos gusta tanto el oro como la plata. En otros tiempos todo fue de oro: los palacios, los peines, los altares y en algunas casas hasta los barrotes de las ventanas fueron de oro. [...] En nueve días que duró el viaje, lo hicimos a buen paso, hallamos consuelo en la gente de bien que nos compadecía. [...] Cuando entramos en la ciudad de México fuimos derechos a la Villa de Guadalupe, para dar gracias [...] (26).

Así pues, veremos que en la comunidad de Don Loreto el oficio de la zapatería será un medio tradicional de subsistencia económica que habrá sido desplazado por las economías centralizadas que se moverán a través del sistema globalizado y capitalista, ocasionando que los negocios locales declinen hasta obligar a los propietarios a migrar y trabajar en con-

diciones precarias de urbanización. Al mismo tiempo, las áreas mineras de su comunidad serán expropiadas por las empresas trasnacionales, ocasionando de igual forma, su decadencia, pobreza y crisis económicas. Finalmente, también estará presente la predominación de la religión católica –fruto de la colonización y del adoctrinamiento religioso cristiano de la institucionalización–, la cual se les mostrará como único rayo de esperanza ante las circunstancias indómitas padecidas por la realidad concertante.

Por su parte, resultará interesante la configuración del personaje de la señora Blanquita, pues se establecerá como una mujer fuerte, aguerrida, sin ningún tipo de escrúpulo moral o físico, así como con un carácter impetuoso y determinante. Si la comparamos con el personaje de Laura, podremos notar que ambas figuras femeninas serán la representación de la femineidad del siglo XX, las cuales estarán sujetas a las implicaciones de los sistemas de opresión imperantes de la época. Por esta razón, Laura se mostrará como una mujer temerosa, “débil”, sumisa y huidiza, pues será víctima de la violencia empleada por el sistema patriarcal colonialista, por lo que sus actos de resistencia y trasgresión serán borrar el tiempo estatal colonialista para así recrear uno nuevo entre lo perdido y silenciado del mundo. Mientras que Doña Blanquita luchará contra ese mismo sistema a partir de su resistencia física y simbólica. Su determinación la llevarán a subvertir el sistema de opresión a partir de sus actos; por ello, cuando a su “pareja” le pida el dinero para pagarle a Don Loreto dejará el miedo a lado y luchará por su cometido:

Ella se le fue acercando [...] ¡Repítame lo que me dijo! —Eres mala. Muy mala... [...] Apenas le dio la espalda, la señora Blanquita sacó el martillo, lo levantó, agarrándolo con las dos manos y le dio un golpe seco sobre la nuca [...] (31).

Para finalizar, me gustaría puntualizar la reciprocidad en la que ambos personajes estarán inscritos –al igual que Laura con su primo-marido–, ya que ambos se encontrarán residiendo en una periferia marcada por el fracaso de la “modernidad”, la cual consumirá a múltiples sociedades en donde permeará la diversidad lingüística, cultural y social, respectiva-

mente. Por tanto, estos personajes serán el reflejo del otro; alteridad que les ayudará a denunciar la subyugación de un sistema violento concertante: “La autora logra recrear la necesidad y dependencia de aliados, la representación de la solidaridad, urgente para su supervivencia [...]” (Rodríguez 18).

El estudio de los cuentos “La culpa es de los Tlaxcaltecas” y “El zapaterito de Guanajuato” nos han llevado a comprender las dinámicas en las que se ha configurado la historia nacional y la construcción de una sociedad mexicana a partir del sometimiento colonial, cultural y lingüístico de diversas entidades indígenas. Debemos de entender que los Tlaxcaltecas y la propia Malintzin no fueron culpables de nada y no traicionaron a nadie; que las culturas de esa época actuaron de acuerdo a sus condiciones sociales, económicas y políticas, además de que jamás creyeron que su alianza con los españoles provocaría que siglos más tarde fueran parte de un proceso de borramiento cultural, histórico y lingüístico en el que iban a ser desplazados, marginados, ofendidos y agredidos por esa misma uniformidad ideológica de blanqueamiento, eurocentrismo y racismo extenuante. Lo único que buscaban era su propia supervivencia y bienestar colectivo.

De este modo, a partir del espacio y el tiempo pudimos estudiar la construcción de un pasado antiguo, dentro del pasado-presente “modernos”, plasmados en la diversidad de espacios móviles, en los cuales los personajes podían desplazarse y trascender en sentido personal, simbólico o físico dependiendo de sus propias circunstancias socioculturales determinantes. Así pues, en “La culpa es de los tlaxcaltecas”, Laura se encontrará intersecada por el tiempo de un pasado antiguo mesoamericano –de su infancia y unión con su primo-marido–, así como del pasado-presente moderno en el que se encontrará infelizmente casada con un burocrático. Sus reminiscencias le ayudarán a encontrar ese camino fuera del mundo institucionalizado, que intentará borrar su memoria histórica, hacia la recuperación de su identidad cultural descolonizada.

Por su parte, en “El zapaterito de Guanajuato” veremos la transición de ese mundo antiguo al mundo

“moderno” que será inamovible, abyecto e inhóspito. En este relato se presentará un solo tiempo: el presente institucionalizado que habrá arrasado y traído desgracia a los diversos sectores de la población, en los cuales provocará la decadencia, pobreza y el borramiento de su identidad, lengua y cultura de sus localidades de origen. De este modo, el Estado suprimirá la identidad cultural de cada individuo con el fin de estandarizarlos y convertirlos en entes silenciados, invisibilizados y perdidos entre la confusión y el olvido. Asimismo, Doña Blanquita será su reflejo, pues vivirá en medio de las sombras a partir de la represión patriarcal y social que la someterá a vivir al acecho y en la ruina económica; al mismo tiempo de que serán dos casos que se igualarán en términos de condiciones: su sobrevivencia y resistencia humana.

Finalmente, la prescripción colonial, patriarcal y capitalista también repercutirá en la forma en que las mujeres se habrán adaptado dentro de este medio social, relegando su función social desde el México colonial, poscolonial hasta el México actual, siendo entendidas a partir de su asimilación con la figura de la “traición” que la historia nacional habrá formado en torno a la figura de Malintzin. Por ello, Laura será la representación de una mujer “traidora” y “vulnerada”, pues convivirá con una culpa inexistente, alienada por los constructos patriarcales y coloniales en torno a su persona; mientras que Blanquita intentará abolir ese mismo sistema que tratará de relegarlas hacia el lugar de “traidoras” y “locas”, puesto que ellas también serán quienes construyan la historia y quienes pelearán por sí mismas para subsistir en medio de este mundo alterno.

Por esta razón, Elena Garro propondrá los componentes del tiempo y el espacio para la reconstrucción de una memoria e identidad cultural e histórica perdidas. Si optamos por el camino de la descolonialidad para esta tarea, podremos alcanzar a crear una nueva historia para las sociedades y comunidades que han sido reprimidas a lo largo de varios siglos, en medio del abyecto tumulto de la modernidad autoritaria y supremacista, para así obtener un devenir mucho más afable alejado del silencio y del olvido inclementes: “[...] Para muchos de los teóricos, el reconocimiento del pasado es el primer paso hacia

la descolonialidad y el desaprendizaje de las estructuras opresivas de poder, género, raza y clase de la época colonial” (Bradley 30).

Es hora de luchar, denunciar y resistir para sobrevivir, transformar y reformar.

Referencias

- Aguilar Gil, Yásnaya Elena. *Tres veces tres. En clave Malintzin: Nueve aproximaciones a su figura*. Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, Ciudad de México, 2021.
- Bradley, Olivia Gabrielle. *Deconstruyendo narrativas coloniales en relatos cortos latinoamericanos*. Universidad Butler de Irlanda, tesis de licenciatura, 2021. <https://digitalcommons.butler.edu/ugtheses/594>
- Chicas Alday, Farah María. *Mito y realidad: construcción mitológica en cinco cuentos de Elena Garro, a través de la mitocrítica al mitoanálisis*. Universidad del Valle de Guatemala, tesis de licenciatura, 2020. <http://repositorio.uvg.edu.gt/xmlui/123456789/3916>
- Garro, Elena. *La semana de colores*. 1a edición, libro electrónico, Titivillus, 2018 (1964). EPUB.
- León-Contreras, Mariana, “Diálogo con la historia a través del tiempo y el espacio en ‘La culpa es de los tlaxcaltecas’ de Elena Garro”, en *La Colmena*, 95: julio-septiembre de 2017, pp. 49-58 ISSN 1405-6313
- Navarrete, Federico. “La conquista desde hace 500 años” en Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México (ed.), *Historia del pueblo mexicano*, México, 2021, pp. 19-40.
- Ramírez, Mónica Cecilia Arana. *El discurso femenino. Conflicto y otredad en “La culpa es de los tlaxcaltecas” de Elena Garro*. Universidad de Guadalajara, tesis de posgrado, 2013.
- Rodríguez, Adriana Azucena, “Desterrados, migrantes, refugiados, expatriados... Los exilios en el cuento de Elena Garro”, en *Revista de Filología y Lingüística de la Universidad de Costa Rica*, 48 (2), 2022, pp. 1-18.
- Téllez Martínez, Artemisa. *Lo distinto e inconnexo: matrimonio, poder y afectividad en tres cuentos de escritoras mexicanas en*

los sesentas. Universidad Nacional Autónoma de México, tesis de maestría, 2013.
<http://132.248.9.195/ptd2013/noviembre/0706249/Index.html>